

## VI.

En aquel momento se oyó fuera ruido de armas, voces, de hombres y pisadas y relinchos de caballos.

Se abrió la puerta, apareció Farfan, y dijo:

—Los escuderos de los señores infantes están aquí.

—Partid, dijo Zayda Fatima: no os olvidéis vos, infante don Pedro, del juramento que me habeis hecho: no os olvidéis vos, infante don Juan Manuel, de lo que prometísteis al señor rey don Sancho en la hora de su agonía.

—No os olvidéis vos de mí, dijo el infante don Juan Manuel á Zayda Fatima.

Despues de esto, los dos infantes salieron.

El monje negro y Zayda Fatima quedaron solos.

## CAPITULO X.

EN QUE SE VE HASTA QUÉ PUNTO ERAN EJECUTIVOS LOS ENJUICIAMIENTOS EN LA EDAD MEDIA.

## I.

—¿Quién sois? dijo vivamente Zayda Fatima, acercándose al monje en el momento en que quedaron solos: ¿sois en efecto aquel conde don Lope Diaz de Haro, gran privado del rey don Sancho, que murió hace algunos años en Alfaro?

—Ante todo esperad, contestó el monje: ¿teneis confianza en vuestra gente?

—Tengo confianza en mi corazon, y sobre todo en Dios.

—Es decir, que no confiais en nadie.

—No; en los hombres no: todo lo espero de la Providencia.

—Haceis bien, porque estais rodeada de traidores.

—Me tratais como mujer.

—Sé que sois mujer, ya lo he dicho; hija de rey, aunque de rey infiel y descreido.

—¿Ah, buen padre mio! exclamó Zayda Fatima: uno de mis

mayores dolores es el dolor que involuntariamente y á causa del miserable infante don Juan le he causado.

—¡Miserable y mil veces miserable! exclamó el ermitaño: lo debe todo á la reina doña María, mi cuñada, y sin embargo se vuelve contra ella: pero nos olvidamos de lo que por el momento importa: ya os he dicho que estais rodeada de traidores.

—¿Y quiénes son esos traidores?

—Oid: por mis culpas, de las que os haré confesion para que aprendais en mi ejemplo, estoy separado del mundo, tenido por muerto por los míos, y sepultado en el panteon de mis abuelos, y allí en un epitafio se habla de la crueldad que conmigo obró el rey don Sancho, que aunque lo confiese en mi daño, no hizo otra cosa que justicia mandándome matar. Por mis culpas, digo, el remordimiento me aqueja; las tinieblas me espantan: me arrojo ante la imágen crucificada del Santísimo Cristo de la Selva, y á veces la santa imágen me mira indignada, me rechaza, me arroja lejos de sí, y salgo de la ermita desesperado, vagando á la ventura por la selva. Esta noche..... el sueño huía de mis párpados, me estremecía todo, me aquejaba un torcedor horrible; parecia que veía al rey don Sancho en el momento en que con mi puñal al pecho me miraba espantado; en el momento en que gritaba: "¡A mí, mis caballeros, contra este traidor!" Y por otra parte, me parecia oír detrás de mí la maldicion terrible del noble rey don Alfonso, que gritaba: "¡Maldito seas tú, conde don Lope, que has aconsejado y ayudado la traicion contra mí de mi hijo!" Y entre las tinieblas veía hervir, relucir, agitarse sombras rojas que me miraban sombrías, y caía sobre mi calva frente, tibia y espesa la lluvia de sangre de la guerra civil. Me alcé despavorido de la tarima que me sirve de lecho, y me lancé en la capilla: la lámpara del Santísimo Cristo se habia apagado, y se oía el chupar del aceite de una lechuza: pero la capilla no estaba á oscuras; la llenaba un resplandor rojo: era el cuerpo del Sacratísimo Cristo, rojo y luminoso, el que producía aquel reflejo: y los ojos del Santo Cristo me miraban, y me decían terribles: "¡Huye execrable! ¡Tú, por tu traicion impía, por tu traicion que ha causado tanta sangre y tantas víctimas, por tu ambicion

infame estás maldito de la tierra que te ha arrojado de su seno! ¡Maldito de los cielos que se han cerrado para tí! ¡huye! ¡véte! ¡anda!"

Y salí, salí helado de espanto, con el corazon deshecho, con la cabeza loca, y corrí, corrí sin direccion y sin objeto por la selva.

Los gigantescos pinos me parecían fantasmas terribles, que al pasar yo se inclinaban hácia mí, sacudían su cabellera y me repetían ronca y lúgubre la maldicion del Santísimo Cristo de la Selva.

De repente me detuve: habia tropezado con una gradería de piedra: aquella gradería era redonda, de piedras toscas: en el centro de ella se alzaba un palo: era el rollo señorial de la Abadía del Abrojo: las torres y los muros se alzaban á poca distancia: la voz del guarda nocturno gritó desde el adarve:

—¡Quién va!

Yo me levanté y dí á correr.

Sonó el chasquido de una ballesta, y pasó zumbando junto á mí un venablo.

Seguí corriendo: habia tropezado con el patíbulo, y habian lanzado contra mí la muerte desde las almenas.

Aquella era otra maldicion.

Continué corriendo, internándome en la selva.

Poco á poco, la fatiga, el frío de la noche fueron dominando mi pavor, despertándome de aquel terrible sueño de remordimiento: al fin, mi razon se esclareció, y rendido, desalentado, me senté sobre el césped.

A poco oí el ruido de los pasos de dos hombres que se acercaban.

Temí fuesen bandidos de los que por efecto de la guerra civil y del desconcierto de estos reinos hierven por todas partes; me eché al suelo, y permanecí inmóvil esperando á que pasasen.

Pero aquellos hombres no pasaron; se detuvieron junto á mí y continuaron su conversacion.

## II.

Y llegado á este punto, el monje refirió á Zayda Fatima lo que habia oido á Farfan y á Ciervo-veloz.

—¿Y qué me aconsejais, padre mio? dijo Zayda Fatima.

—El traidor debe morir, contestó el monje.

—¿Me aconsejais eso vos, que habeis pasado por la eternidad?

—El delito de traicion es delito de muerte y de anatema, contestó severamente el ermitaño: la muerte del traidor es ejemplo, para que los escarmentados huyan de la traicion, si no por voluntad por miedo: la cabeza del traidor debe caer en el momento de la traicion, herida sin misericordia por la espada de la justicia: y si así se hiciera siempre, se evitarian muchos daños para las repúblicas: esa gente al teneros por capitán os han jurado lealtad y obediencia: herid á esos traidores si quereis que los otros os obedezcan y os teman.

## III.

Zayda Fatima tocó su bocina.

Apareció á la puerta Farfan; pero no tan pronto como en otra ocasion: no habia podido ponerse en acecho.

—Mi almete y mi lanza, dijo calándose el capellar de mallas.

Farfan la dió el almete, que Zayda Fatima se puso, y le entregó la lanza.

—A caballo todos, dijo Zayda Fatima.

Y bajó seguida del monje negro, que llevaba completamente calado el capuz.

Farfan la siguió, recogiendo al paso su pesada maza de armas.

—¿Qué será esto? dijo: por esta noche, á lo que parece, no podemos poner en ejecucion nuestro propósito.

Y bajó detrás de Zayda Fatima y del monje.

Cinco minutos despues, todos los aventureros estaban á caballo.

Zayda Fatima llevaba á la grupa del suyo al monje negro, y galopaba al través de la selva por la pradera sinuosa de que ya hemos hablado.

La seguia raudo y sonoro, por el choque de sus armas, su escuadron.

Nadie hablaba: ni aun el monje negro y Zayda Fatima.

Al fin de un espacio como de dos horas, empezó á aclararse la selva, y por último, salieron á campo abierto junto á la Cruz del Camino, y Zayda Fatima hizo con su bocina la señal de alto.

## IV.

Se detuvieron todos.

Zayda Fatima dijo, colocada á una distancia en que podia embestir contra el escuadron á la primera muestra de rebeldía, y con la adarga embrazada y la lanza terciada, y apercebidas las riendas:

—Hermanos de la Selva: entre vosotros hay dos traidores que van á morir.

—¿Que mueran! gritaron todos los aventureros menos Farfan y Ciervo-veloz.

Estos no habian tenido tiempo de ponerse en inteligencia con ninguno de los otros.

—Apoderaos de Farfan y de Ciervo-veloz, dijo Zayda Fatima.

Hubo un remolino instantáneo en el escuadron, y un hom-

bre cayó al suelo mal herido, encontrado por un bote de lanza.

Aquel hombre era Farfan, el de la terrible maza.

Zayda Fatima se habia lanzado sobre él en el momento de pronunciar su orden.

Ciervo-veloz pretendió resistir; pero cayó agobiado por el número.

—Recogedlos, dijo Zayda Fatima: colgadlos con las cuerdas de vuestras ballestas de los brazos de la cruz.

## V.

En aquellos tiempos, los ladrones y los asesinos cogidos en el campo, eran ahorcados en el primer árbol ó en la primera cruz que se encontraba á mano.

La única misericordia que los aventureros tuvieron con sus dos compañeros, fué la de rematarlos antes de colgarlos.

Una vez colgados, les quitaron sus armas, cuyas piezas, al ser deshebilladas, caian, produciendo un áspero y desapacible ruido metálico sobre la gradería de mármol de la cruz.

Las armas se recogieron y se pusieron sobre los caballos de los ajusticiados.

## VI.

—Tal vez no debiera, dijo Zayda Fatima, deciros la razon que he tenido para castigar á esos: basta conque el capitan conozca la traicion y la castigue: quiero, sin embargo, informaros: esos traidores habian pretendido matar al infante de Aragon don Pedro, puesto á mi merced, y aletargarme á mí con beleño y entregarme á mis enemigos.

—¿Me dais licencia, capitan? dijo Alfon Gil, que era uno de los aventureros mas bravos de la banda.

—Hablad, contestó Zayda Fatima.

—Pues cuando desarmábamos á Farfan, yo noté un bulto sobre su pecho, bajo su sayo: vi lo que era, y encontré yerba fresca: esa yerba ha caido al pié de la cruz.

—Mirad si es beleño, dijo Zayda Fatima.

Alfon Gil se acercó á la cruz, se inclinó sobre su gradería, buscó, encontró, se acercó á Zayda Fatima, y la dijo:

—Mirad: beleño es.

—Se ha cumplido al fin la justicia de Dios: ahora, porque Dios los acoja en su misericordia, roguémosle por sus almas.

Todos se arrodillaron, teniendo de las riendas los caballos, y rezaron.

El monje negro se prosternó al pié de la cruz, y oró por el alma de los ajusticiados y por la suya propia.

Despues de algunos momentos de oracion, Zayda Fatima se alzó y dijo:

—¡A caballo, y á la selva, hermanos!

Y montó, tomó á la grupa al monje negro, y se encaminó al lugar de la selva en que estaban las cabañas.

## VII.

Empezaba á amanecer cuando llegaron.

—A descansar, dijo Zayda Fatima: quedaos vos de guardia, Alfon Gil, con mis cuatro escuderos, y guardad nuestro campo.

En seguida entró con el monje negro en la cabaña.

—Descansad, padre mio, le dijo; debeis estar muy fatigado: siento no poderos procurar un buen lecho.

—Mi lecho es la dura tierra, contestó el monje negro, y aun así soy indigno de él: reposad vos en el lecho; al pié de él reposaré yo: cumplo con esto un voto solemne que he hecho al Señor. ¿Pero no os desarmais? Aunque nunca he sido escudero ni tengo mas que una mano, yo os desarmaré.

—Voto tengo hecho yo tambien al Señor de no quitarme las armas ni comer pan á manteles mientras esté en peligro mi señora la buena reina doña María.

—Cumplamos, pues, nuestros votos, dijo el ermitaño.

Zayda Fatima se echó armada en el lecho, sin quitarse mas que el almete y el capuz, y el monje negro se tendió en el suelo á los piés del lecho.

VII

El monje negro se prosternó al pie de la cruz, y oró por él alma de los ajustados y por la suya propia. Después de algunos momentos de oración, Zayda Fatima se alzó y dijo: —A caballo, y á la selva, hermitaño! Y montó, tomó á la grupa al monje negro, y se encaminó al lugar de la selva en que estaban las cuevas.

LA BUENA MADRE. 225  
su gente. Allí á las márgenes de la laguna del Arroyo azul se  
contarse alguna voltereta y alguna casa mejor, esta es la vida  
que trabajo desde hace quanto dias monté desde por la man-  
na hasta que se han hecho pasturas piexas, lo cual es difícil,  
porque esto está espallado.

CAPITULO XI.

—Corso lo está todo el reino, dijo el ermitaño bostando nas  
Zayda Fatima. Culpa es esta de las ambiciones de todos, la mi-  
seria y la peste devoran tantos años de guerra civil, tantas lances hambrientas que  
devoran insaciables los tributos; la tierra yerma y esteril como  
la conciencia de los ambiciosos; ¡oh, Dios mio, Dios mio!

II  
EN QUE SE ACLARAN ALGUNOS PUNTOS OSCUROS DE LA HISTORIA DE ZAYDA FATIMA.

Zayda Fatima tocó llamada con su bocina.  
Al poco tiempo estaban reunidos alrededor de ella sus aven-  
tureros.  
—Vamos enantes nos falta, dijo Zayda Fatima.  
—Sea, capitán, respondió Alon Gil Anton Cortes, Pedro el  
Tuerto, Garcerañ Tolo y Lope Hlesca, muertos anoche en los

Rendidos por la fatiga y por los acontecimientos de aquella noche, Zayda Fatima y el monje negro se durmieron, y no despertaron hasta muy entrado el dia, cuando el sol estaba ya cerca del primer tercio de su carrera.

El primero que despertó fué el cenobita.

Se levantó, se prosternó y oró.

Aún no habia acabado de orar, cuando despertó Zayda Fatima, se incorporó, se persignó, se alzó del lecho, se arrodilló junto á él y oró.

Cuando se levantó, se caló el capuz de mallas, se ciñó el casco, tomó una ballesta y una venablera, y dijo al ermitaño:

—Vamos á buscar el pan nuestro de cada dia, y á hacer que nuestra gente lo busque: una de las obligaciones mas difíciles de un capitan en los malos tiempos es atender al mantenimiento de